

Con otra voz

Quienes conocen *Una Cortesía*, se preguntarán si la autora de *Los sospechados* es aquella Milita Molina que narra con precisión y cautela las contingencias del deseo producidas por un encuentro.

Los sospechados, para invocar a Maurice Blanchot, es el libro que vendrá, el libro ausente, del que uno sale cuando quiere entrar.

Según sentencia Stendhal, de entrada para que nadie se engañe, *ha muerto el genio poético: ha nacido el genio de la sospecha*.

Pobre Bélgica, de Baudelaire, resuena en una narración que es una voz, otra voz. Diversas y dispersas voces que anotan los pasos del libro que vendrá, del libro que ha pasado cuando el gran lector, adorable, lo busca entre líneas, en cada línea y en cada párrafo.

Entre un lector, adorable, y un maestro casi, se narra la trama trivial y dolorosa de los sospechados de ser portadores de un “genio poético” muerto.

El testigo de oficio, el militante, la profesora, el público: una pululación de seres intermedios a los que se responde para proseguir. Por ejemplo: “Se lo dije todo junto (más o menos así): Leyes del género, Parodia, Padre textual, Transferencia, Diferencia –me sigo reservando Las Vanguardias–. Y dije redes del poder, y dije flujos: no venía fácil. Pero esa tarde de primavera, joven, lluviosa y cálida, también le dije poeta a Hugo Savino. Recién ahí se rió, me mandó a la mierda y la lluvia, la tarde, la primavera, –Todo– –quedó opacado por la realidad esplendente”.

Pero ese tono no se mantendrá, será quebrado por otro: “En la última semana (look visionario y la cosa canchera) se me ha dado por decir: “Ah, ¿el perro chico?, se perdió oliéndole el orto a un perro grande. Me resultó esclarecedor, me ayudó, incluso, como el psicoanálisis, que flota muy mono antes de hundirse a todo trapo”.

Cuando la pululación de intermediarios es atravesada, el fraseo está dedicado a los interlocutores del libro –Baudelaire, escribí antes– pero entre nosotros, y para no ir tan lejos, Osvaldo Lamborghini –cuyo nombre retorna y cuya voz se filtra en la narración. Por ejemplo: “El fragmento anterior me recuerda a Osvaldo Lamborghini, el Bardo inmortal que escribiera aquello de “El pez nada. Pez es una sola sílaba. Una sílaba nada” o “Las voces de Porchia”.

El epílogo que escribí para la primera edición de *El Fiord* de Osvaldo Lamborghini se llama “Los nombres de la negación”. Alguien me hizo notar que muchos años después Osvaldo Lamborghini escribió un poema llamado *Die Verneinung* (La negación), que resulta una referencia manifiesta al artículo de Sigmund Freud, y una alusión cifrada a ese comienzo.

Estoy seguro de que Osvaldo Lamborghini hubiese gustado de *Los sospechados*, que se hubiese incluido gustoso en la intriga de negaciones que expande sobre el murmullo de la culturita local. Por ejemplo: “El Filósofo Portátil frente a las cámaras: –¿Qué hubiera pasado si los movimientos de liberación del 70 hubiesen ganado la guerra? (Silencio). Otra vez: –¿Qué hubiera pasado si ganábamos nosotros? ¡Impresionante!

El público se retira con la cabeza gacha, culposo.

En la pantalla central, el guachito de Mario Firmenich, un verdadero pija, hablaba de Dios y de dinero”.

Algunas veces la voz de Osvaldo Lamborghini no es aludida, sino que se presenta como la trama misma que alienta la dispersión, el contragolpe, la distancia con la enunciación presente. Los *sospechados* es un libro solitario, pero no está solo en una literatura que Macedonio Fernández instaló entre nosotros como poética de la extrañeza (la extrañeza actual, no la barroca ni la romántica) que dispersa los ideales literarios, y construye arabescos que son diversos modos de *gociferar* (para que circule esta palabra acuñada por Oliverio Girondo).

Milita Molina nombra escritores, los conoce. Conoce sus trucos. Los quiere, pero también los niega: es ahí donde su voz se vuelve otra y se encuentra con otra voz, la que Osvaldo Lamborghini hizo resonar en décadas desoladoras.

Los sospechados hizo que recordara aquellos años difíciles, la imagen de Osvaldo Lamborghini en Barcelona –poco antes del final–, la lectura de “La causa justa” a diez mil metros de altura (entre Madrid y Buenos Aires), la publicación, la noticia de su muerte, lo que escribí para despedirlo, y que fue rechazado porque no canonizaba nada. Así es la vida: hice publicar el primer libro de Osvaldo Lamborghini y uno de los últimos relatos que escribió. Fuimos amigos, pero ahora se trata de algo más: es la hebra de nicotina, lo que se transmite sin ningún ideal, lo que continúa así. Por mor de Milita Molina.

BUENOS AIRES, 2002

PRESENTACIÓN DE *LOS SOSPECHADOS*,

DE MILITA MOLINA, SANTIAGO ARCOS EDITOR, 2002